

"El Día del Dolor" y el imperativo revolucionario

En estos días de noviembre en que los primeros fríos nos recuerdan la mañana acongojada que vió morir al Fundador, ante el ejemplo perenne de su sacrificio, justo es que meditemos cosas viejas, las primeras en dar fe, vida y espíritu a nuestra Falange y que a fuerza de darlas por sabidas acabamos por olvidarlas. Y en este olvido perdemos a menudo la fe y la esperanza, y embarga nuestros espíritus el desaliento, cuando con más o menos veracidad nos hablamos de los defectos y de las inmoralidades de la actual Administración, defectos e inmoralidades que aparte de haberlos padecido por igual todos los regímenes que nos precedieron, no justificarían por sí un derrumbamiento global del Estado que nace, sino tan sólo una purificación de sus órganos administrativos. Sin embargo, no crea nadie que venimos a velar con palabras o soluciones tibias y temporizadoras, el exacto significado de los hechos que comentamos. No tan sólo deja de interesarnos el disimularlos, velarlos o justificarlos, sino que por el contrario nos importa mucho desnudarlos.

Se entrecruzan en la España de hoy dos sistemas: el que amanece y el que fenece, con una gama de instituciones, muchas de las cuales es preciso desmontar para suplirlas con otras nuevas que hagan avanzar la mañana del sistema que amanece.

Nosotros somos portadores de una doctrina que ha de traducirse en obras, de una idea que ha de hacerse realidad, de un afán generoso que ha de acercarnos a todas las almas. Sobre la verdad y la justicia del contenido doctrinal de nuestra Falange, por ninguna parte nos acecha la duda o la desesperanza. Ahora bien, este contenido doctrinal, estas verdades indiscutibles, requieren para ser plasmadas en la práctica el servicio de hombres que con su inteligencia y su trabajo, sepan realizarlas. La Falange apenas cumplidos tres años de su nacimiento, se lanzó a una guerra libertadora para conquistar España. En la lucha sellaron con su sangre la gran verdad de su justicia, los primeros conductores y los mejores camaradas. Y a los tres años de pelear en las trincheras, de ver segar a sus costados la vida de tantos camaradas, de limpiar la frente ensangrentada de tantos seres agonizantes, las primeras camisas, lograda la victoria, se dirigen al pueblo español —con la sonrisa de fe, optimismo y esperanza con que tantos días y tantas noches habían esperado a la muerte— para hablarle de paz, de unidad, de hermandad, de sacrificio, de Patria, de Imperio, de Justicia... Y aquellos hombres que librados del terror, del crimen y del robo, habían prometido darlo todo por ver arrojado el marxismo de nuestro suelo, aclaman con entusiasmo sus banderas, saludan con alegría nuestros Himnos, adornan sus casas con nuestros colores, y muchos

llegan incluso a vestir —que París bien valé una misa— nuestra camisa de combate, y llevar bordadas sobre su pecho las flechas yugadas por tanta sangre regadas. Pero niegan a los luchadores lo único que de corazón se les había pedido: unidad, hermandad, generosidad, sacrificio, justicia... Y así llegaron al Estado. Se les habló de desmontar un régimen liberal y una economía capitalista y de edificar un Estado Nacional-sindicalista que "libere al hombre de la tremenda injusticia social del marxismo y del capitalismo". Y ellos empezaron a cantar defectos y a oponer obstáculos, a sembrar la intriga y el recelo y a atentar por la espalda contra los que tan sólo sabían combatir de frente. Y vino una guerra mundial a acrecentar el montón de obstáculos que nos había legado una guerra española. Y para no malograr una victoria que tanta sangre había costado, para llegar con el convencimiento de todos a forjar este haz que debe ser un pueblo fuerte, grande y unido, tuvieron que reprimirse impacencias, y aquellos hombres hechos a la acción directa de la lucha armada "al aire libre, bajo la noche clara", tuvieron que aprender a luchar "en la sombra", a "conservarse inmóviles" y avanzar lentamente hacia la meta esperada. Y en esta posición estamos. Con nosotros las mejores escuadras, contra nosotros los mismos enemigos de antaño: el marxismo y el capitalismo con el Estado que hay que desmontar. Por eso, camaradas, cuando se ataca a los hombres de hoy y al estado actual de cosas, no se hace nada más que coincidir con nosotros en la necesidad de una Revolución. Revolución que tenemos el deber de realizar frente a las sombras del marxismo, que espera ocasión propicia para sembrar de nuevo el crimen y el terror, y frente al capitalismo, que se esfuerza en conservar la enorme injusticia que ha hecho que el mundo se envolviera en la más cruenta de las guerras.

Y si nosotros somos el relevo que se avecina, si pisamos el terreno que se prepara "para que un día se unan todas las gargantas en nuestro grito", debemos ponernos a la altura de nuestra misión y marchar sobre nuestras indiscutibles verdades que hemos de proclamar frente a todos los enemigos y criticones de ayer, hoy y mañana: El marxismo sigue agazapado y dispuesto a destrozar a España. El capitalismo sigue entronizado en los altos puestos, dirigiendo nuestra economía y entorpeciendo nuestra marcha. El Estado de hoy, a pesar de "pasear banderas triunfales" con nuestros colores, no es un Estado Nacional-sindicalista. La Revolución —tan sólo iniciada— está por hacer. De nosotros puede y debe nacer la fuerza irresistible capaz de realizarla.

Y hoy, en este Día de Dolor, que es día de promesa y de meditación, día de recoger ejemplos y

(Paso a la página 10)